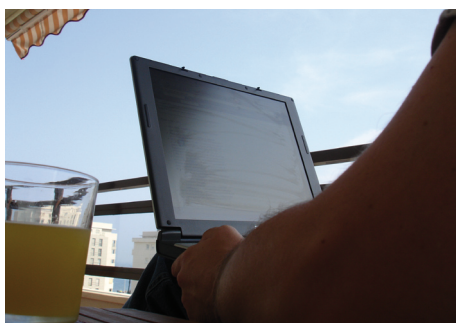




Libro electrónico

Cuento entre mis amistades con algún fervoroso profeta del libro electrónico. Cada vez que me pilla desprevenido, prueba a convertirme con una munición de argumentos irrefutables, haciendo gala de ese entusiasmo apostólico que ya sólo asiste a los testigos (y testigas) de Jehová. El libro electrónico —me asegura— abaratará los libros hasta el precio de la ganga, aliviando el trámite de la impresión, tan oneroso y dilatorio. El libro electrónico —prosigue con abnegación— ocupará, en un breve plazo de años, poco más que una novela de quiosco; con la diferencia de que, en sus tripas, podrá albergar miles de páginas sin inmutar su grosor. Páginas que albergarán, además de las benditas palabras, además de las entretenidas ilustraciones, otros *elementos multimedia* —aquí mi amigo propone un prolijo elenco: música, imágenes en movimiento, negros (perdón, afroamericanos) que abanicán al lector, etc.— y enlaces que vinculan las páginas del libro con otros libros



Fotografía: Andrea Felipe.

que se pueden descargar de internet. Para aprovecharse de mis debilidades bucólicas, mi amigo observa que el libro electrónico detendrá la devastación de los bosques; y, anticipándose a mi talante ahorrador (que algunos pérfidos confunden con la tacañería), me precisa que el libro electrónico podrá leerse con escasa o ninguna luz. Con la intención de conmovier ese

No sabe que lo que garantiza la pervivencia de los libros de papel y tinta es, precisamente, su voluminosidad.

rescoldo de simpatía que todo escritor establecido dirige a los escritores que inician el ascenso al Parnaso, mi amigo asevera que, gracias al libro electrónico, los autores noveles podrán publicar más fácilmente, sin dependencia de un editor esclavista y menos sensible a sus méritos que el caparazón de un quelonio. Y, para excitar mi codicia, añade que el libro electrónico multiplicará mis ganancias. Mi amigo, en fin, propone —claudicando a la evidencia— que la misión del libro electrónico no consiste en derrocar al libro de papel y tinta, sino en exaltar y fortalecer su imagen totémica, del mismo modo que la televisión y el vídeo han encumbrado, a la postre, la supremacía del cine. Pero mi amigo no se recata de introducir, hacia el final de su arenga, una golosina futurista: “En apenas quince o veinte años, mi querido y reticente dinosaurio, se fabricarán aparatos capaces de almacenar el contenido de doscientos mil libros. ¿Es capaz tu mezquina imaginación, tan aferrada a las antiguallas, de concebirlo? Toda una biblioteca contenida en un chismecito que puedes guardar en el bolsillo de tu abrigo”.

Mi amigo concluye su prédica con una sonrisa que deja escapar por las comisuras de los labios esa salivilla efervescente de la victoria. Prefiero dejarlo a solas con su engaño. No sabe que lo que garantiza la pervivencia de los libros de papel y tinta es, precisamente, su voluminosidad. “El saber no ocupa lugar”, dice un proverbio turulato y camastrón; por el contrario, ocupa mucho, muchísimo lugar. Y a quienes hemos intentado saciar esa sed de saber abrevando en los libros, nos gusta contemplar los anaqueles combados de nuestra biblioteca y confirmar que, en efecto, esas horas dedicadas al estudio, a la curiosidad, a la búsqueda insomne de belleza, ocupan un lugar insustituible y notorio en el mundo. Nos gusta sentirnos rodeados, abrigados, acechados, oprimidos por nuestras populosas bibliotecas; nos gusta reconocer que no son un equipaje liviano, que su presencia muda y elocuente ocupa casi tanto como el árbol frondoso de nuestros sueños. Los libros, colonizadores del aire, ladrones de nuestro aliento, vigías de nuestra edad, ocupan mucho, muchísimo espacio; en esa condición voluminosa y reconfortante se halla el misterio de su hegemonía. Queremos libros, más y más libros, hasta que nos echen de casa. ■